

# ¡Salvemos la casa de Bolívar!



**Felipe Buendía**

No sé qué satisfacción por el aniquilamiento (o lo sé demasiado como para confesármelo) ha hecho del centro histórico de Lima una perversión que condena las casonas de armónico delirio a la armonía sin tregua, a un saqueo, depredación y ensañamiento por parte de los migrantes y por culpa de la falta de voluntad política de todos los regímenes después de Benavides.

Lo peor es que ni la Iglesia ni las instituciones llamadas a rescatar lo que les pertenece como monumentos históricos hayan protestado o emitido el menor quejido.

La casa de la calle San José, en el jirón Junín, que hace esquina con Azángaro, y por lo tanto colindante nada menos que con el Instituto Nacional de Cultura, es un hermoso edificio, que se ve vulnerado impunemente, al punto que el zaguán de la calle San José es un abominable chichódromo bullanguero y está nada menos que a tiro de piedra del Palacio Arzobispal y el de Gobierno.

En el ala de la calle Aparicio (jirón Azángaro) hay un *cabaret* de mala muerte y peor clientela en la misma vereda de la antigua Casa de la Cultura, o Casa de Pilatos, que

felizmente se proyecta entregar a la Federación de Periodistas de Lima.

No sé qué piensa la directiva del Instituto Bolivariano o cuál será el juicio de la representación diplomática venezolana, pero allí está en agonía la casa que habitó el Libertador de cinco repúblicas, cuyo fantasma debe sentirse aún más pesaroso que la ingratitud que lo arrojó a Santa Marta.

Estoy seguro que los afanes de Pro-Lima y las instituciones que he mencionado, así como nosotros, el vecindario de este meollo del centro histórico, restaurarán, con una fuerza más vigorosa que la de la voluntad, la casa de Bolívar, y EXPRESO generosamente brindará, sin chocar con el mundo, otra iniciativa que será sin duda insoslayable.

Recuérdese que justo al frente de la llamada Casa de Bolívar, que no tiene ni placa recordatoria, están las oficinas del Parlamento, en el antiguo local de Reiser y Curioni, poderosa firma en la que uno compraba pasajes para la línea italiana de vapores, la cual surcaba los mares y en cuya última singladura, en el paquebote *Verdi*, este cronista desembarcó del exilio.